

Orografía de Belagua

Por FRANCISCO RIPA

Accesit Regional del II Concurso de Literatura de Montaña "Trofeo José María Peciña"

Tanto escritores franceses como españoles, aseveran que la Mesa de los Tres Reyes debe su nombre a la coincidencia de concurrir en su cúspide los tres Reinos de Navarra, Aragón y Bearne (Francia), cuyos son los límites de la interesante red de montañas que circundan el privilegiado valle de Belagua; y aunque no del todo conformes en que allí, en aquella tajante y abrupta montaña, pudiera colocarse mesa ninguna, e incluso llegara a subir algún monarca de época pretérita, aseguran que éstos dirimieron sus diferencias, en aquella altura, sentados a la mesa cada uno de ellos en su propio territorio.

Quizá sorprenda a estos escritores, y a otras muchas personas, incluso a montañeros, el que les diga ahora que, aquí en Navarra, tenemos DOS MESAS DE LOS TRES REYES: Una norte oriental y otra sud occidental; y no próximas entre sí, como cualquier intencionado pudiera presumir por aquello de "pic" o "table" con que figura en algunos mapas y libros franceses, sino diametralmente opuestas entre sí y en cuanto comprende nuestra periferia provincial. Concretando más puedo añadir, que la más meridional se encuentra entre las tierras llanas y feraces de la Ribera, en el extremo donde se juntaron los tres Reinos de Castilla, Aragón y Navarra, lugar destacado hoy con un gran mojón, acerca del que nos dice el P. José de Moret en "Anales del Reyno de Navarra" (tomo IV, pág. 92, n.º 1) que "...los redujeron al principio del año 1196 a tener vistas y conferencias. Y con efecto las tuvieron los Reyes de Navarra, Castilla y Aragón entre Agrega y Tarazona (y Fitero, añadido yo), en el confín de los Tres Reinos, donde se ven hoy día las piedras que sirven de linderos, que el pueblo llama la MESA DE LOS TRES REYES, con presupuesto de que todos tres comieron a una mesa, estando cada cual dentro de su Reino".

Para mi, fué en ésta y no en la erguida cúspide pirenaica, donde únicamente se celebraron las reuniones reales, y dejando así aclarada la cuestión de que en aquella sólo existió la convergencia de tres Reinos, ocupó su aguda atalaya para tratar de ubicar este maravilloso valle de Belagua, tan sorprendente por su belleza y colorido, dentro de la ingente crestería que lo rodea. La visión orográfica que la eminente cima de la Mesa de los Tres Reyes ofrece, es sin disputa, interesantísima, principalmente para nosotros, por cuanto nos hallamos en el punto culminante y más oriental de todo el País Vasco, y por tanto en nuestro entronque con las fragosidades del propio Pirineo.

Efectivamente, desde este punto de unión de los Reinos de Navarra, Aragón y Francia, vemos caer en vertical desplome la pared meridional sobre el collado de Es-queste, materialmente cubierto de bloques y rocas de todos los tamaños, que el hielo

ha desprendido de la masa. Más al sur se yergue la mole del Petrechema y su aguja pétreo de Ansabere (que cuenta con dos víctimas y pasos de 5.º y 6.º grado superior en su escalada), y tras ella mil picos más que, cerrando en semicírculo todo el alto valle de Aspe, en Francia, establecen la divisoria Atlántico-Mediterránea hasta las montañas de Candanchú. Sobre esta primera crestería erizada de abismos, cortes y dificultades, se ven mil barreras y cumbres señeras del Alto Pirineo Aragonés, cuya sola enumeración me llevaría a catalogar las alturas más elevadas de todo el Pirineo.

Vuelta la vista hacia otro punto cardinal, sea el oriente preferido, queda la cima igualmente cortada a pico sobre pequeño collado, al que se llega por aérea arista que, después del mismo, se prolonga escasos metros más, prolongación que los franceses denominan "table", para hundirse a continuación en gran corte que descansa sobre estrecha hendidura que la separa del pic de Pinade, mientras las pendientes, en rápido descenso, se abisman hasta alcanzar las orillas del gave de Lescún, y poco después el pueblecito francés de igual nombre, del cual solo se aprecian, desde la altura, algunos prados y bordas.

Por el contrario, su prolongación occidental es más dilatada: comienza, eso sí, con descenso rápido, que ocupa corta escalada, hasta el collado de la Mesa, como es vulgarmente conocida esta depresión; sigue afilada cresta, donde en invierno sobresalen peligrosas cornisas de nieve, sin grandes altibajos en su altura y dirección señalada hasta volver a culminar en la cima de Budoguía; en ella sepárase la divisoria territorial entre Huesca y Navarra de la barrera montañosa, que ahora descende, con vertiginosa pendiente, a la hoyada de La Solana, para volver a alzarse hasta la cima aragonesa de Lapakiza de Linzola: Nos encontramos en el borde oriental del valle de Belagua, que desde la altura se nos muestra en todo su esplendor. La aguda crestería descende suavemente hacia el S. O. limitando el valle, mientras separa las cuencas fluviales del Belagua y Veral, y antes de llegar al bosque de pinos y hayas que pasa de una vertiente a otra, es alcanzada de nuevo la muga Huesca-Navarra, y ya fusionadas las divisorias hidrográfica y provincial, cruzan sobre el collado Artaparreta para encumbrarse en la puntiaguda y erguida cúspide de Chamanchoya o Maz, pues con ambos nombres es conocida en Navarra y Aragón respectivamente. Desde la misma, la cadena orográfica se dirige decididamente al S., separando las mencionadas provincias y ríos, y con línea bastante regular vuelve a elevarse, de forma destacada, en la maciza mole de Peña Ezcaurre; posteriormente va decreciendo paulatinamente en sus alturas, aunque no en fragosidad, hasta que las aguas del Veral y Ezca desaguan, por separado, en el río Aragón, en tierras del mismo nombre, y las montañas se diluyen en llano feraz de trigales.

De este eje principal brotan ramales, a derecha e izquierda, que aprisionan arroyos de rápido curso, los cuales van a engrosar con su caudal las aguas de los mencionados ríos Veral y Ezca. Siguiendo el orden enumerativo empleado, corresponde la primera ramificación importante a la que arranca de la misma cúspide de Chamanchoya hacia poniente, enmarcando el plácido valle de Belagua por el S., y separando entre sí el arroyo del propio nombre que lo recorre, del de Mace, que lo hace por la otra vertiente de la estribación, para verter, afluir, y converger ambos aguas abajo, ya propiamente fuera del encantador y poético valle.

Sólo resta por recorrer la más altiva y dificultosa de las barreras desprendidas de la Mesa de los Tres Reyes. Y efectivamente, su cara N. es la más imponente y tajante. Contemplado, desde arriba, el "a plomo" de su paredón, parece que no tiene continuidad la divisoria de aguas, tal es la sensación de vacío y vértigo que produce, sobre un terreno rocoso, resquebrajado y roto por hielos y aguas, con plegamentos y hondonadas que

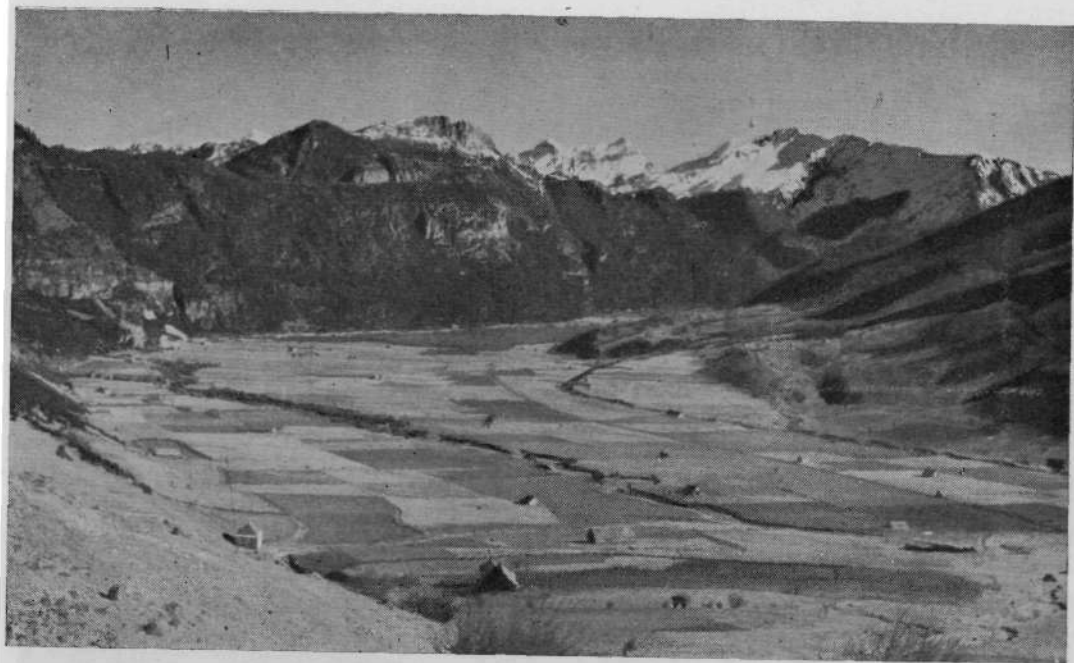
retienen perennemente ventisqueros inmaculados, y cuyo borde superior se halla partido por el collado de Lhurs, con nuevo hundimiento al otro lado y el delicado paso de su muralla petrea, que salva un estrecho pasillo, ocupado por empinadísimo nevero la mayor parte del año, para ganar las azules aguas de su ibón cuyo desagüe las lleva al río Lescún.

Continuando sobre la alta crestería, y después del mencionado collado, viene la doble cabezota de Pene Blanque, con su prolongación a oriente que forma el Pic Billare, y cierra el circo de Lhurs; tras Pene Blanque, se abre el collado de Anaye o Insole, por el que cruza la frontera otro itinerario hacia Lescún, y nuevamente se eleva la alta divisoria para fundirse con la grandiosa mole de Añelarra, que corta con su abrupta muralla todo horizonte de E. a O. Ganada ésta se entra de lleno en el más fragoso escenario de todo el Pirineo.

De la misma cúspide de Añelarra (2.348 metros), tres son las derivaciones que se desprenden y cada una de ellas con su característica dominante: La soñada por todo montañero, se dirige al N. E. descendiendo una depresión de la mole pétrea para levantarse, a continuación, con fuerte pendiente hasta sobresalir airosa, con su extrema altitud, de todas las puntas que la rodean: Es el monte Anié, también llamado Auñamendi, que en dialecto vasco-roncalés equivale a "montaña del cabrito", posiblemente por las muchas dificultades que entraña su conquista desde tierras roncalesas. Se prolonga, además, este pico en una crestería rocosa, arriesgada y difícil, que lleva al pic Contende, donde termina tajante e imponente sobre la regata Lauga.

De Añelarra, hacia poniente, va descendiendo su altura, toda ella rocosa, paulatinamente, hasta que de la misma se desprende por el N. otro ramal, que bien podríamos llamarlo *secundario*, puesto que más que un sistema orográfico propiamente dicho, con determinados efectos y cambios de vertiente, lo constituye una amplia meseta pétrea con inclinación decreciente hacia el N. O., en la que unos altozanos señalan sus cotas destacadas. Este ramal secundario, al poco trecho de desprenderse del eje principal, vuelve a partirse en dos, y mientras uno se inclina al N. E., dejando que bajo él se abra la depresión del "ruiseau" Lauga, que tiene sus fuentes en el próximo lago de Anié, y culmine en la tripleta cimera del Soumcoy, entre los collados de Anies y Azun, el otro, por el alto páramo de Latras y collado Pescamou, lo hace al N. hasta alcanzar el pico de Arlas, donde se le desprende un contrafuerte por el O. hasta el Soum de Lèche, quedando entre ambas cimas la escotadura del puerto de Ernaz, que sustenta la muga fronteriza n.º 262, llamada piedra de San Martín, sobre la que superponen sus manos las autoridades de los valles de Baretons (Francia) y Roncal (Navarra), en el tradicional Tributo que el día 13 de Julio de cada anualidad, y desde tiempo inmemorial, los habitantes del valle francés, vienen obligados a satisfacer a los roncaleses, en reconocimiento de paz, sumisión y vasallaje, y que consiste en la entrega de tres vacas de igual pelaje, cornaje y dentaje. Próxima a la misma, tres minutos de distancia, y en la vertiente española del Soum de Lèche, se abre la boca de la sima de San Martín, célebre por los hechos acaecidos en ella y de los que en su tiempo publicó amplia información PYRENAICA.

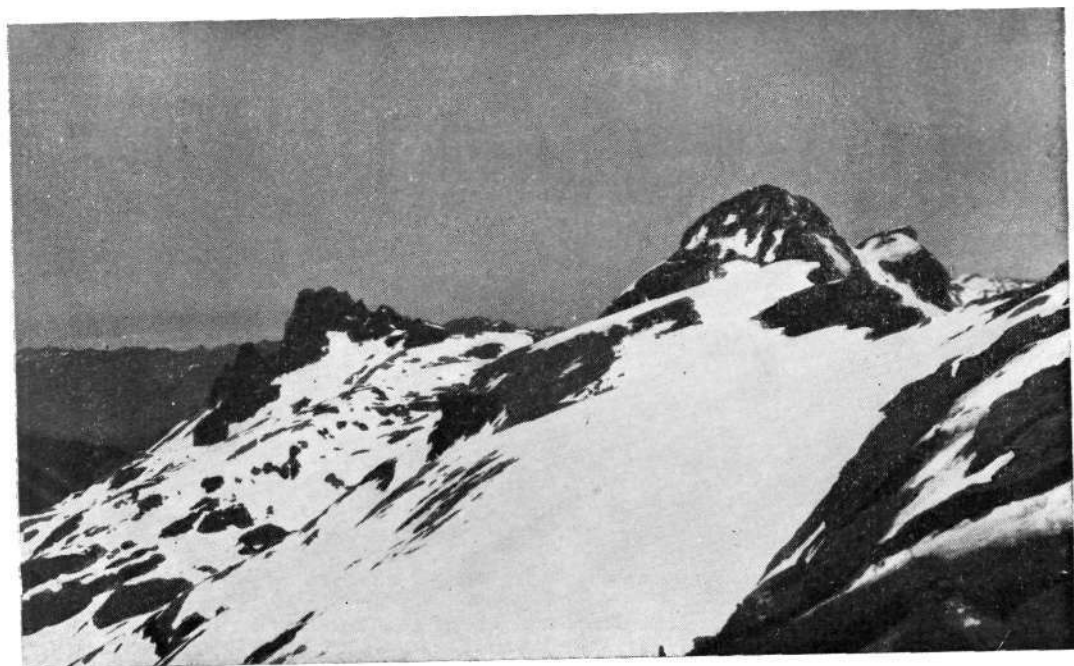
Vueltos al origen de estas ramificaciones, Añelarra, nos queda por recoger su ramal principal, que ahora con el nombre de Sierra Longa se inclina abiertamente y con escasos brotes sin importancia hacia el O., con las mismas características, en principio, que el anterior, pues van decreciendo las alturas secundarias, que pronto registran el hecho sorprendente de ver crecer abetos y pinos entre sus rocas pulidas por el hielo. Se suceden los altozanos y las hoyadas, con tal profusión, que su laberinto cada paso se acentúa más y más. Inesperadamente se eleva un promontorio herboso, aunque piedras



Vista del valle de Belagua, rodeado del contrafuerte que, desprendido de Lapaquiza de Linzola, a la derecha, se extiende en la foto hasta Lapazarra. En el boquete entre ambas, bien señalado por la nieve que lo envuelve, la cima de Budoguía.



Detalle de las montañas principales vistas desde Lacarchela: 1 Arlas, 2 Soumcouy, 3 Contende, 4 Anie, 5 Añelarra, 6 Billare, 7 Pene Blanco, 8 Mesa de los Tres Reyes, 9 Budoguía, 10 Petrechema, 11 Lapaquiza. Primer plano izquierda: Lácora. Primer plano derecha (arbolado y entre el 9 y 10): Lapazarra.



Pala final de la Mesa de los Tres Reyes: a su izquierda queda Pene Blanco, y en la mano contraria la estribación que los franceses llaman «table».



Situación de las principales montañas con relación al valle de Belagua, vistos desde la cima de Larrondo.

y agujeros no desaparezcan, y la cima de Zampori ofrece por igual la vista de las montañas recorridas y del valle de Belagua, que ya se contempla en una esquina, pero que sucesivamente se nos irá descubriendo íntegramente. Bajo Zampori, siguiendo siempre la dirección O., se abre el puerto de Eraiz, con la perspectiva herbosa de los pastizales del llamado Puerto Grande; nueva subida hasta la doble cúspide de Lácora, para descender al collado de Arrakogoiti, también llamado de Urdaye, de donde la cadena montañosa sube al Bimbalet y tras él a Lacarchela. En ella la barrera Cantábrico-Mediterránea continúa su separación entre los dos mares con rumbo al O., donde descuella el pico de Ory; sin embargo, por el S., se desprende un contrafuerte que, limitando el valle de Belagua al O. y ofreciendo una extraordinaria visión de conjunto sobre el mismo y todas las montañas recorridas, establece a todo su largo la separación de aguas entre los barrancos Belagua y Minchate, tributarios ambos del Ezca y por tanto del Mediterráneo, mientras decrecen las tres cimas de Lacarchela sobre el collado Lapatía, para volver a encumbrarse en el monte Larrondoia, y ya de aquí, descendiendo ostensiblemente y saliéndose de los límites geográficos del valle, finalizar, aguas abajo, sobre la villa de Isaba en las rocas características que coronan y rematan el monte Ardibiguinea.

Estudiados, con detenimiento, los bordes externos de esta abrupta orografía, compruébase que el recinto del valle queda limitado solamente al S. y al O. por las cadenas de montañas descritas, mientras que de la misma cumbre de Lapakiza de Linzola se desprende un contrafuerte, en su casi totalidad rocoso o de muy pendientes laderas, que describiendo una cerrada curva, del E. al N. O., finaliza su resalto sobre la borda Juan Pito, enmarcando, con verdadero ambiente alpino, su maravillosa planicie partida en dos mil cuadros de sugestivo color. Esta pared, que se levanta tajante sobre el valle con una altitud media de quinientos metros, tiene dos pasos o escotaduras, Larrería y Cemeto, y entre ambas queda, separándolos, la maciza mole de Lapazarra, que oculta tras ella las principales cimas del macizo, si bien en algunos puntos la desbordan por los flancos, agudos picos y sus eternos ventisqueros.

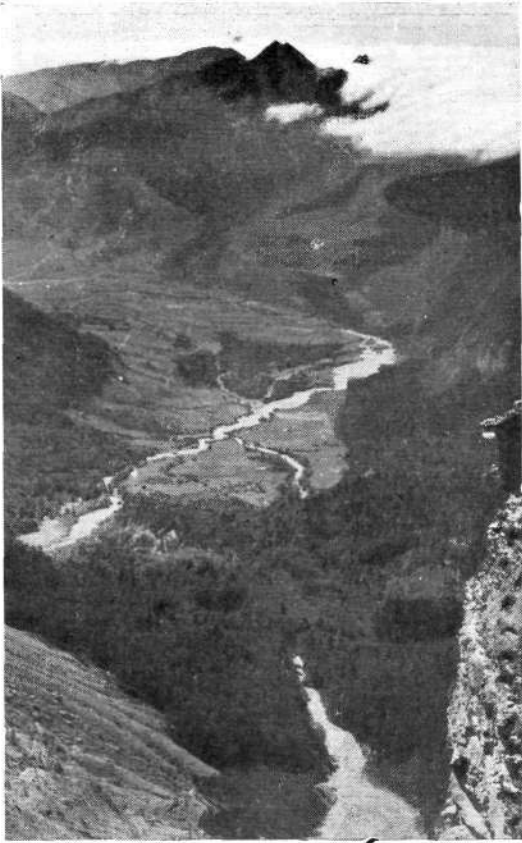
Todo el contorno del valle, salvo la parte rocosa de su contestura y las cotas herbosas o pétreas de sus crestas, se halla cubierto de frondoso arbolado, donde copudas hayas, esbeltos abetos, y prieto bojedal crían los mejores ejemplares de su especie; pero, además, sobre la cornisa que nos ocupa, el terreno viene a convertirse en amplia plana ligeramente inclinada, como si la cumbre de Lácora, al crecer en altura, la hubiera desnivelado. Esta gran faja herbosa limpia, sin árboles, que se extiende del Bimbalet a Zampori, con cortos pero abundantes cursos de agua, es la zona característica del pasto de alta-montaña, con sus innúmeros rebaños de miles de cabezas y las clásicas escenas pastoriles donde el tipismo ancestral del traje roncalés, pone una nota más en esta escenografía sublime y pintoresca.

Al final de esta vasta y elevada zona de pastos, y desbordando por los costados la peña de Lapazarra, suben desde el valle los árboles que tras ella forman bosque; lo integran principalmente hayas, magníficos ejemplares que poco a poco dan paso a pinos y abetos que se adentran en Larra, donde espaciándose pronto se ven solitarios troncos brotando de las rocas, retorcidos unos, desmochados otros, y calcinados los más por tormentas y rayos. Otra lengua forestal rebasa el barranco de Santa Engracia, pero al llegar al reino de la roca también acaba; entonces solo quedan unas manchas de hierba, formando los pastizales de máxima altura que, por los extremos de Larra, alcanzan la Piedra de San Martín, en el collado de Ernaz, y en el lado opuesto La Solana, mientras otras, como cuñas, se introducen en él y constituyen las majadas de Leiterola y Ukerdi. Después solo resta la inmensidad de Larra; el desierto de piedra que para el

gran pireneista Conde de Saint Saud fué "la desolación de la desolación". Allí la blanca caliza sufre plegamientos y erosiones inusitadas: tan pronto forma altozanos, como se hunde en abismos espantosos; la roca en algunos sitios es cortante y afilada como cuchilla, en otros los lapiaces muestran sus surcos característicos más o menos acentuados, y en cualquier paraje, pero principalmente en la demarcación Anío-Añelarra, alternan con tal profusión hondonadas y simas que el transitar entre ellas es un verdadero laberinto. Pero verdad es también que, cuando el sol luce con esplendor, los derroteros a seguir son fáciles de orientación, aunque el esfuerzo sea duro por la propia naturaleza del suelo, recrudescido por la falta total de agua y la concentración de calor en la sucesión inacabable de cubetas y hondonadas que integran esta dilatada meseta erosionada, partida y rota como ninguna, y también como ninguna sujeta a los contrastes más violentos y opuestos, ya que cuando la niebla borra todo horizonte, opérase en el ambiente tal cambio brusco de temperatura que a la canícula sucede el frío intenso, y en el terreno la imposibilidad de mantener una dirección precisa por la dificultad de identificar lo que tan claro y sencillo se mostrara en día diáfano y radiante.

Por todo ello los cursos de agua son nulos: no se ven ni conocen cauces secos, ni regatos por pequeños que sean, a pesar de que la nivación es extraordinaria (noventa millones de metros cúbicos según el cálculo de un eminente geólogo), por que se hallan tan próximas las bocas de las simas, que justamente nacer la incipiente corriente en el cercano ventisquero desaparece bajo tierra, dando lugar a cursos subterráneos importantes, con sus ríos, afluentes, e incluso grandes lagos internos, al decir de los espeleólogos, pero sin resurgencias notables salvo la de Kakueta, en la vertiente francesa. Las escasas fuentes que existen en las alturas desaparecen también a poco de brotar, e incluso las más cercanas al valle hacen lo propio. En él, dos son las arterias que lo riegan y fertilizan: El Artaparreta que, nacido en las proximidades del collado de su mismo nombre, describe una amplia curva por la base del contrafuerte interno del valle, y salvo en la ladera de sus fuentes no muestra su fresca y clara linfa, porque llegado al llamado Rincón de Belagua, ó Betichoza, desaparece bajo el ancho cauce de cantos rodados que componen su lecho y que en días de grandes avenidas, cuando las lluvias torrenciales arrastran materiales arrancados de las vertiginosas paredes y laderas, más que drenar el "thalweg", acumulan sedimentos que amplían las tierras cultivables del valle. En las proximidades de la Venta de Arraco, concretamente entre ésta y su ermita, se le suma el arroyo Belagua, su otro afluente principal, que formado en el rincón Lácora-Bimbalet-Lacarchela, aporta sin interrupción sus abundantes, bulliciosas, y cristalinas aguas, a las que afluyen, poco después, las del afluente Lapatía, muestra elocuente de la permeabilidad de este suelo, puesto que por la mañana aflora su caudal en el cauce que a la tarde se ofrece seco.

Con idénticas características, más o menos acentuadas, franquea el río Belagua la puerta del valle entre las estribaciones del Chamanchoya y Larrondo; posteriormente se le fusiona el barranco Mace, y sucesivamente algunos otros más formando entre todos el tumultuoso Ezca que, en primavera, cuando el deshielo de estas montañas hace rebasar todos los cauces, arrastra la madera de sus grandes bosques de pinos y hayas, en típicas almadías, hacia el mar Mediterráneo.

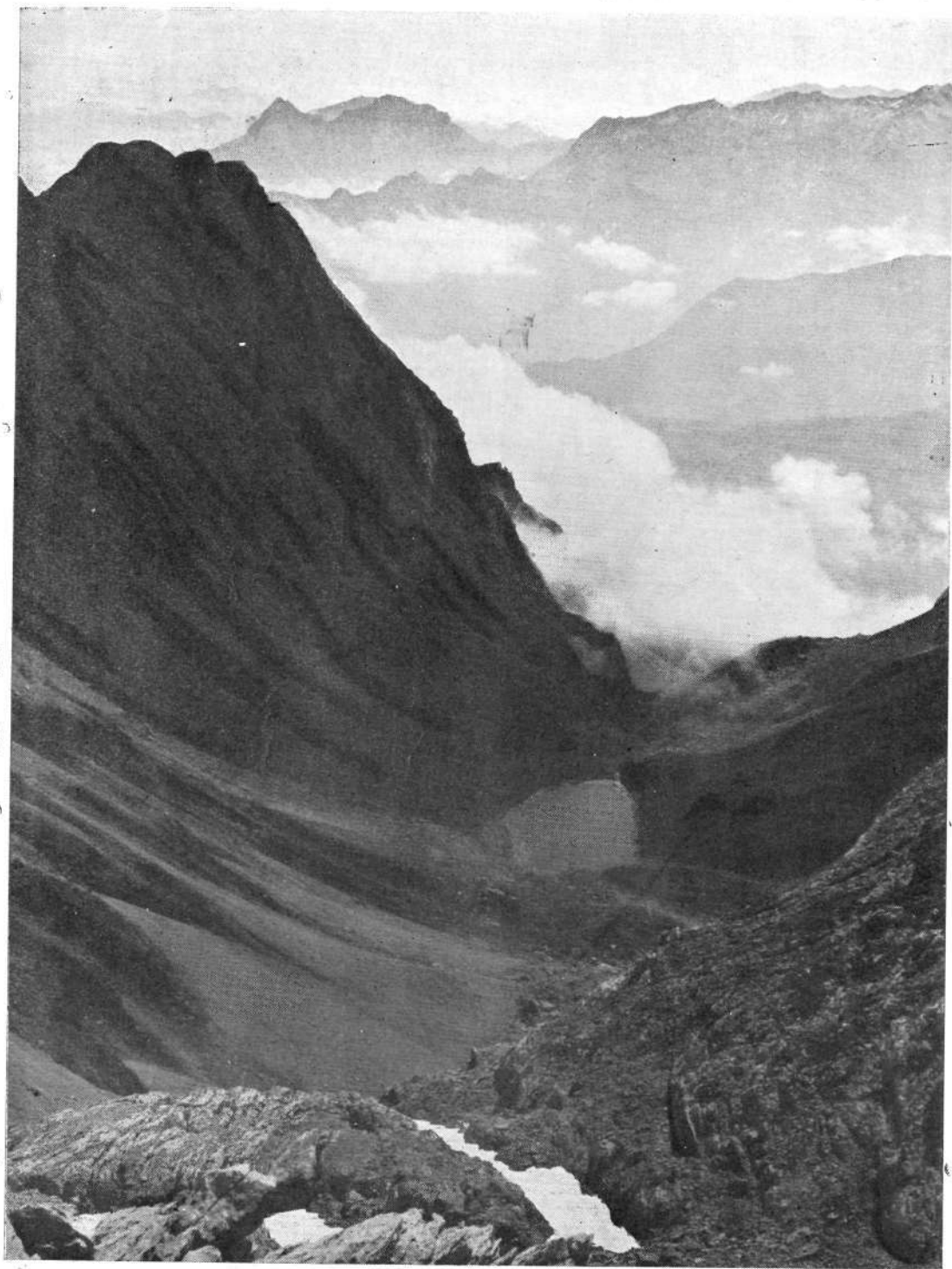


El valle de Belagua visto desde Lapaquiza de Linzola. A nuestros pies, con un desnivel de más de mil metros, se abren los dos brazos del arroyo Artaparreta, mientras al fondo, quieren envolver las nieblas las cimas de Lacarchela.

Fotos F. Ripa



Perspectiva de la montaña descrita que ocupa su centro la Mesa de los Tres Reyes.



*Desde la cumbre de la Mesa de los Tres Reyes, se descubre el ibón de Lhurs,
respaldado por el pico Billare.
Más al fondo se abren otras bellas perspectivas sobre montañas francesas.*

Foto F. Ripa